

milia casi salvaje delante de aquellos que los encuentran y los civilizan. No se puede iniciar la biografía de un argonauta como Colón, el gran revelador, sin tornar la vista y el pensamiento á los que le precedieron, cuyas vidas parecen como anuncios apartadísimos hechos por la historia de la vida inmortal del primero entre todos. Tito Livio en los comienzos de sus décadas; Plutarco en las biografías de sus hombres ilustres, griegos y romanos; Esquilo y Sófocles y Eurípides en sus tragedias; los dos primeros dramáticos de las literaturas modernas, Calderón y Shakespeare en sus mejores obras, ponen profecías de lo que van á presentar, muy semejantes á las fábulas del vellocino de oro y al viaje de los argonautas, cuyo relato resulta indispensable al comienzo de una epopeya como la invención de América.

Mas aun hay cierta coincidencia, la cual, no por sabida y vulgar, debe omitirse. Así como en una comedia de Lope aparece una profecía extraña, si bien clarísima, del telégrafo eléctrico, en la tragedia del español Séneca también aparece otra profecía clarísima del descubrimiento de América, tal vez por el genio de su patria sugerido, por aquel genio que providenciales designios señalaban para producir esta maravillosísima obra. El profeta hebreo, aquella especie de sabio revelador que contempla y escudriña con ojos avizores y profundos lo porvenir, anuncia siempre augurios y profecías referentes á su tierra y á los imperios que la persiguen ó avasallan; el oráculo griego, en sus fórmulas y sentencias sibílticas, habla siempre de Grecia ó de los pueblos á Grecia circunvecinos; pero el poeta nuestro, inspirado por el genio romano é intérprete de la universalidad de sentimientos é ideas traídas por la Eterna Ciudad al mundo antiguo, rompe todas las fronteras con su luminosa inspiración; y adelantándose á los siglos, anuncia las exploraciones del Océano, cerrado entonces como un misterio, los agrandamientos del planeta y las apariciones de nuevos mundos en la soledad del espacio, no pudiendo sazón más oportuna escoger el genio poético para mostrar sus virtudes proféticas, que la gloria de los argonautas

antiguos y la investigación de aquel áureo vellocino buscado en la inmensidad del mar, también por los argonautas futuros, como que Jasón aparece realmente predecesor de Marco Polo, de Alburquerque, del príncipe Constante, de Gama, de Magallanes, de Colón, y al cantar sus hazañas y al escribir sus servicios, no es mucho que, viendo cómo había tendido la quilla sobre las aguas, dado á la nave gobierno con su pródigo timón, puesto á nuestro servicio los vientos recogidos en las velas, el profeta viera los futuros descubridores contenidos en este descubridor antiguo y la sumisión por sus esfuerzos y por su tenaz voluntad, la sumisión del planeta y del cielo al humano albedrío, pues en el fin de su acto segundo, pintada la temeridad increíble del que desafió primero las olas, y la ciencia del que leyó los astros, reuniéndolos y agrupándolos, á fin de que señalaran en el firmamento los caminos del Océano; cantadas y encarecidas las dificultades opuestas por escollos donde habitan sirenas, por cabos donde hierven líquidos abismos, por tormentas, huracanes y tempestades; visto el precio dado al áureo vellocino; Séneca descubre que si en su tiempo se mezclaban las razas todas al punto de beber los indios las aguas del Araxo y los persas las aguas del Rhin, mientras las naves más humildes, sin necesidad alguna de que Atenea las construyese y Orfeo las guiase, recorrían los mares, merced á la creación lenta, pero divina, de los siglos, cual otra edad vendría, en la cual, traspasadas las columnas del divino Hércules, desvanecidas las supersticiones que ocultaban como con espadas de fuego el Océano, franqueados los límites de la polar Tule, que creía Roma infranqueables, nuevos continentes surgirían de las aguas y un mundo nuevo completaría el planeta, como premio al humano esfuerzo y como resultado necesario del progreso.

Venient annis secula seris,
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens pateat tellus,
Tethysque novos detegat orbes,
Nec sit terris ultima Tule.

El argonauta nuestro aparece más complejo en comparación y paralelo con el antiguo. Los espíritus más difíciles de comprender serán siempre los espíritus complejos. Aquéllos, que tocan por un lado á las cumbres del ideal y por otro lado á lo más bajo de la realidad, resultarán un enigma para la observación histórica y obtendrán los juicios más opuestos por la oposición misma de su complejidad doble y de sus actos contradictorios. Colón, profeta y mercader, vidente y calculador, cruzado y matemático; especie de Isaías en sus adivinaciones y de banquero en sus cálculos; con el pensamiento á un tiempo en la religión y en su negocio; sublime oráculo, de cuyos labios brotan profecías á borbotones y pésimo administrador que arbitra irregulares medidas; proponiendo la reconquista del Santo Sepulcro por un esfuerzo de su voluntad piadosa y el reencuentro con las minas de Golconda por un camino más corto que los conocidos á la India; siempre suspenso entre las idealidades y las contrariedades; capaz de crear un mundo con la fuerza de su visión intelectual para luego destruirlo con los expedientes de su imprevisión y de su desgobernio; con ojos de telescopio que le permiten hasta llegar á lo infinitamente grande y con ojos de microscopio para conocer y analizar lo infinitamente pequeño; matemático y revelador; teólogo y naturalista; místico y astrónomo, se aparece tan múltiple y vario, que apenas cabe dentro de nuestras lógicas encadenadas series y en nuestros bien regulados y proporcionadísimos sistemas. Cuán fácil juzgar á un hombre todo para la poesía como Virgilio, todo para la pintura como Murillo, todo para la ciencia como Newton, todo para el teatro como Racine, todo para la virtud y la religión como San Francisco; pero cuán difícil juzgar á un hombre, piloto, cartógrafo, matemático, negociante, cortesano, artista, profeta, político, administrador, penitente, que baja como un buzo á pescar madreperlas en los tenebrosos abismos y sube como un ángel á esparcir mundos en los espacios celestes. La pasión de crear ideando como un Dios y la pasión de redondearse vendiendo

como un Zúlok no cabrán en el fondo de un saco y cabían en el alma de Colón. Y había hecho bien la Naturaleza, en sus finalidades misteriosas, haciéndolo así, con esas aptitudes contradictorias y en abierta pugna dentro de su alma. Tenía que deslumbrar al idealista con sus visiones, al creyente con sus profecías, al poderoso con sus proyectos, al muy lastimado por las tristezas del mal con esperanzas de hallar el nuevo Paraíso sin mancha y la vida nueva sin pecado, al entristecido por la caída de Constantinopla con la esperanza de recuperar Jerusalén, al egoísta y epicúreo con sensuales goces nunca gustados antes, á los interesados, que por doquier abundan, con el oro macizo de la soñada Mongolia y con los rubíes á cahices del Preste Juan de las Indias. Tiene que dilatar los mares; que rehacer la Naturaleza; que completar el planeta; que sembrar de creaciones nuevas el espacio; que traer á la superficie de aguas inexploradas numerosas islas y continentes nunca vistos y como soñados; que aumentar con brillantes constelaciones desconocidas el cielo; que mostrar prácticamente la figura de nuestro globo é impelerlo como un astro más en el éter; que alterar desde la propiedad, casi feudal todavía, completamente destruída por el nuevo espíritu de trabajo y que bautizar innumerables razas; que interrumpir los sacrificios del fetichismo para levantar el Dios Espíritu; que hacer una obra casi litúrgica, una obra semejante á la de Buda, á la de Zoroastro y á la de Mahoma, cuando las Cruzadas católicas se habían convertido en cruzadas mercantiles, cuando la fe tradicional había encontrado á Lutero, cuando la Sede Pontificia se trocaba en reino político, embargado por la colocación hasta de sus expósitos, cuando Maquiavelo escribía sus fórmulas infernales, cuando César Borgia invocaba al diablo en sus brillantes combates y lo tenía en su persona, tan hermosa como el ángel caído, cuando Fernando V y Luis XI sustituían al ideal católico la imperiosísima Razón de Estado, cuando habían ya nacido los que se burlaban de todos los viajes heroicos parangonándolos con los viajes de Astolfo á la Luna,

cuando los caballeros con cruz al peto y su cimera sobre la frente caían yertos á las carcajadas del escepticismo y al Renacimiento de la Naturaleza y de la Razón. Quien desconozca de Colón las plegarias, las visiones, las profecías, el propósito de una evangelización, el proyecto de recuperar el Santo Sepulcro, la tendencia incontrastable á oracular y á presagiar, desconoce toda una parte del ser suyo; pero quien desconozca su finura de italiano, su mercantilismo de genovés, su diplomacia de siglo décimoquinto, su hidrópica sed natural de riqueza, sus estratagemas de navegante, sus dobleces florentinas de conspirador, su propensión á entregarse al primer potentado con quien topaba en cuerpo y alma, sus continuas sumas y restas, lo desconoce á su vez en otro aspecto no menos curioso que el primero y no menos decisivo para su magna finalidad total y para su creación maravillosa. Reflexión é intuición casi parecen á primera vista excluirse. La una os reconcentra en vosotros mismos, la otra os difunde y esparce. La una, repliegue de todas nuestras facultades varias dentro de sí mismas; la otra, facultad espontánea, difusiva, radiante. Un matemático necesita de la reflexión; un poeta necesita de la intuición. Por la primera, todo lo veis con su medida, con su número, en sus proporciones, en su límite; por la segunda, todo lo veis desmedido, sobrenatural, poético. Por eso decís que los conocimientos matemáticos deben llamarse conocimientos reflexivos y que las inspiraciones artísticas deben llamarse intuitivas. No ignoro, no, que un escultor y un pintor y un arquitecto necesitan de conocimientos en la línea y en la medida y en el número, como puedan un astrónomo y un matemático. Pero esta parte de su divino misterio suelen tenerla en los ojos más que en el entendimiento. El álgebra canta para un músico. La geometría pinta y esculpe de suyo en artistas pagados del ritmo de las formas, cual Fidias, Vinci, Rafael, que han visto las notas y las sinfonías de los colores, de igual guisa que Pitágoras oyera con oído atento la música de los mundos y en varios números la escribiera y anotara. Pero en genio ninguno la reflexión y la

intuición, el cálculo y la poesía, el sentimiento espontáneo y el cómputo calculado, la elocuencia y el silencio, la poesía y el interés, la religión idealista y la verdad positiva, la matemática y la fe, hanse jamás unido como en este Colón, quien parecía tener primero ideada y luego cumplida su creación, como pudiera tener un artista esbozos varios y luego el perfeccionamiento real de sus pinturas. ¡Qué mezcla de ciencia y de magia! Como ya se os aparece cual un sabio sencillo á lo Copérnico, su contemporáneo; ya como un caballero de los que habían entrevisto Pulci ó Ariosto. En algunos momentos diríase que lleva las tablas astronómicas más perfectas en su inteligencia y otras veces le daríais las manos para que os anunciara quirománticos horóscopos. Hay en su espíritu algo de los algebristas positivos que han renovado en Córdoba las ciencias matemáticas con sus propios saberes y sus recuerdos alejandrinos, como algo de los alquimistas que han encontrado, no el oro, pero sí la química, superior al oro, en sus retortas industriales. Y le pasa todo esto porque va con él á concluir la Edad Media y á comenzar la Edad Moderna. Virgilio, tan pagano en todas sus poesías, viera con tal intuición el nuevo espíritu vagando en la dulce alba de nuevo día, que la *Égloga* cuarta pertenece de suyo al Cristianismo. No empieza la Edad Moderna en Gutenberg que descubre la imprenta; no en Lutero que subleva la conciencia; no en Copérnico que impele por los espacios infinitos el planeta; no en León X que ampara el Renacimiento; no en Fernando V que soterra el feudalismo: empieza en Colón, que rejuvenece con su descubrimiento de América el cielo y la tierra.

No hay que imaginar por su grandeza el advenimiento de Colón y la invención del Nuevo Mundo cosas de súbito hechas y no apercibidas por la ciencia y por el tiempo, con sus ideas la una, el otro con sus evoluciones. Por tal modo los productos del centro de Asia tentaban al comercio y al cambio en aquellos días que las inteligencias de cierta estirpe y género no descansaban hasta no invenir el camino más corto posible á esa fuente

milagrosa de riquezas. Todo el mundo soñaba con la India. El aroma de sus clavos y canelas tentaba el olfato y el gusto; las chispas refulgentes de sus piedras preciosas tentaban la vista; el oro macizo empleado en sus templos y palacios el universal interés: así todos los pilotos buscaban las Indias por todos los mares. El vellocino antiguo renacía de nuevo en los libros del veneciano Marco Polo, escritos de prisa y divulgados como nunca en este período creador del Renacimiento, que poco á poco, desde los últimos días del siglo décimotercio, había trastornado la guerra cuerpo á cuerpo con la pólvora; vencido al tiempo con la imprenta; orientado al nauta con la brújula; rehecho la historia con los helenos fugitivos de Constantinopla; ensanchado el cielo con los nuevos anteojos; y desvanecido supersticiones que antes paralizaban ó por lo menos encogían á una la voluntad y la inteligencia del hombre. Los artistas escalaban las ruinas y los descubridores exploraban el mar. Aquí unos se sumergían en la historia para encontrar el mundo de lo pasado y otros en el espacio inmenso para encontrar el mundo de lo porvenir. Explorador de los cielos como Regiomontano iba por doquier apoyado en personificación de las ruinas como Bessarion. Mientras aquél andaba por su tiempo lloviendo estrellas encendidas que lo porvenir esclarecían, éste andaba deletreando lenguas muertas que lo pasado evocaban. Á pesar de los observatorios caldeos, los cuales habían guardado siempre su comunicación franca y abierta con las estrellas relucientes en las noches de aquellos luminosos desiertos, donde las arenas semejan vías lácteas; á pesar de las adivinaciones agoreras, cuyos números aparecieron como cábalas de nuestras verdades astronómicas; á pesar de haberse la ciencia oriental y helena concentrado con los Ptolomeos en la ciudad sapientísima de Alejandro y transmitídose hacia el Oriente á Bagdad y hacia el Occidente á Córdoba; el terror milenario y el influjo teocrático habían en tal modo paralizado á Europa, que la vida humana se asemejaba de suyo á la vida vegetal, hundiéndose, como ésta sus

raíces en la tierra, sus raíces aquélla en la tumba. Los hombres del período extendido entre los siglos quinto y décimo viven bajo las bóvedas oscuras y achaparradas del santuario bizantino, aguardando la hora del juicio final de rodillas sobre las tumbas que llaman hacia sus abismos á todos los mortales. Pero de pronto la cristiandad se mueve por haber pasado la línea del año mil y no haber visto desgajarse la tierra bajo sus plantas ni convertirse las estrellas del cielo en mares de ceniza. Europa nuevamente anda, pero movida y aguijoneada por impulsos religiosos. Las Cruzadas despiertan y suscitan este movimiento, que, religioso en sus comienzos bajo San Bernardo y con Godofredo de Buillón, degenera en herético y cosmopolita con el emperador Federico de Suabia, y concluye de suyo en mercantil con Venecia y sus nobles mercaderes. Eterna rival de Venecia, Génova, la patria de Colón, aguijoneada por el deseo de lucro, explora tierra y mar en todo lo posible. Notad cómo al concluirse la fascinación religiosa, ejercida por Jerusalén y el sepulcro de Cristo, á causa de haberse visto precisada la misma institución pontificia, que suscitó los cruzados en el siglo undécimo, á excomulgarlas en el siglo décimotercio, sustituyóla una intensa fascinación mercantil ejercida por el gran Mogol de Tartaria y los diversos espejismos de sus fabulosas riquezas. Las embajadas expedidas por Enrique III desde sus reinos castellanos y contadas por Clavijo con tanta encantadora ingenuidad; la peregrinación del veneciano atrevidísimo Nicolás Conti, ya en vida de Colón; las múltiples exploraciones referidas por viajeros numerosos, no tenían, como las Cruzadas, un móvil y un objeto religioso, inspirábanse, por lo contrario, en el interés mercantil y buscaban mercados y no tumbas. Coincidía con todo un mayor empeño é insistencia mayor en los estudios geográficos. La cartografía prosperaba por modo maravilloso. El genio de las abstracciones tomistas y de los silogismos escolásticos iba poco á poco, sin dejar del todo la teología tradicional, observando la Naturaleza, embelesándose con solicitud tanto en su contemplación como

en su estudio. Lo mismo Roger Bacón que Raimundo Lulio no se contentaban y satisfacían sólo con sus indagaciones religiosas; el uno entraba en las ciencias que llamamos por antonomasia naturales y el otro en las ciencias químicas. Los discípulos sucesores suyos pudieron escribir enciclopedias cosmográficas más tarde, que aun frescas se encontraban, como las de Bauvais, por ejemplo, cuando el invento de Guttenberg, la reproductora máquina, que parecía un milagro venido para perpetuarlas y difundirlas. Las naves catalanas, tan civilizadoras, llevaban por las orillas del Mediterráneo cartas relativamente perfectas del mundo conocido, trazadas en centros de cultura tan espléndidos como Barcelona y Mallorca. Por eso el genio de la gloria catalogará entre las mayores nuestras eternamente aquel mapamundi catalán llamado el Grande por antonomasia en todos los tratados científicos y que se trazó el año setenta y cinco de la centuria décimocuarta, por lo cual este año se cuenta entre las estrellas de mayor magnitud que brillan en los hemisferios del tiempo y entre los recuerdos más santos que guardan los anales del mundo. Planisferio terrestre y carta marina instruyó en tales modos á los nautas, que puede muy bien denominarse escritura en que consta la toma de posesión de la mar por el hombre después de haberse descubierto maravilla tan enorme como la brújula. Así el planisferio invenido en la biblioteca de los Borgias y el trazado por los monjes de San Miguel en las paredes de su monasterio que se levanta en las lagunas de Venecia, cerca de Murano, los dos hechos ya en tiempos de Colón, resumen y ordenan todos los conocimientos geográficos del tiempo é industrian en geografía con todo el posible acierto á los viajeros y exploradores de aquella edad fecundísima. Pero donde Colón halló quizás la mayor copia de noticias indispensables á su ministerio y á su oficio, fuera en Génova, célebre como Barcelona y Palma por sus cartas marinas. Llámense periplos, con el mismo nombre griego que hizo tan famosa la carrera del cartaginés Hannon. Vivien, que ha escrito una historia de la Geo-

grafía, hoy consultada por todos, atribuye al genovés Pedro Vesconte, muy ducho en arte marina, el primer periplo compuesto en la Edad Media. Ellos, los de Pizzagani, los de Bianco, los de nuestro compatriota balear Valsecas, no solamente sirvieron para industriar á Colón, así en su arte como en sus ciencias; sirvieron también para procurarle medios de sustento, pues los trazaba y los vendía; después de haberlos empleado en sus propias navegaciones. Cuando se ven estas cartas, nótase desde luego en ellas vaguedades y sombras cuando se refieren á mares que no sean el Mediterráneo, tan explorado ya y tan conocido entonces como en este nuestro tiempo. Amén de todo esto, la imprenta se consagraba en sus primeros esfuerzos á fijar para siempre los libros de Astronomía, de Cosmografía, de Geografía. Lo mismo el Almagesto de Ptolomeo, más ó menos retocado por los árabes, que la Historia natural de Plinio, con mayor ó menor fidelidad extraída de los antiguos manuscritos y palimpsestos, abundaban en ideas y noticias de todas clases, según las cuales sistematizaba Colón sus conocimientos y razonaba sus propias experiencias. Un Papa en persona contribuía con su caudal de raros estudios al aumento de la ciencia, el pontífice Pío II. Ésta llegaba por mil circunstancias á subir hacia su apogeo. Y cuando tal sucedía, consideró Colón estrecho el Mediterráneo á su genio, y se partió, no sabemos ahora si por móviles reflexivos ó por súbitas inspiraciones, al punto del planeta donde más resonaba el afán de los descubrimientos, al término de la Península ibérica, á Portugal, quien iba explorando el África y trayendo nuevamente á la vida y á la historia el Asia Oriental, para que todo esto se completara y perfeccionase con el milagroso descubrimiento de América. He ahí, pues, lo que constituye la gloria de Colón, el haber sido en la Historia el primero de los descubridores.